



poblacion de los Ardrios ejercia entónces la supremacia. Vengando su injuria particular sobre ilirios, arrojando del trono á la reina Teuta y dando la tutela del jóven príncipe Pineo á Demetrio de Faros, hubiera tambien querido imponer su mediacion á los etolios, que la rechazaron con ultraje. Avanzaba siempre hácia la Grecia, y hácia comunicar á los pueblos de la Hélade que les aseguraba la libertad del mar (228) (1).

En seguida tuvo lugar un nuevo alboroto de los galos. El tribuno Flaminio habia propuesto el establecimiento de una colonia en el territorio de los seunos, en la frontera de los boyos; pero la *rogacion* pasó á pesar del senado, y entónces apareció el peligro. Se consultaron los libros sibilinos, enterráronse vivos en el mercado de los bueyes *forum boarium* dos galos y dos griegos. Podíanse poner en pié de guerra setecientos setenta mil hombres; se renovó la alianzá con los venetos y los cenomanos. Los insubres, unidos á los boyos de la Cisalpina, y llamando á los gesates de la Transalpina, éstos *Gaisda*, hombres armados de chuzos que pasaban con gusto los montes para pelear, asesinaron una legión cerca de Clusio, ciudad de siniestra memoria; marchaban sobre Roma, cuando dos ejércitos consulares acudieron y les deshicieron en Telamone. Los intrépidos galos, desnudos hasta la cintura, cayeron más bien heridos de flechas que de golpes de espada. Habian jurado no dejar sus tahalies hasta que no hubiesen subido al Capitolio, y lo cumplieron fielmente.

Aquí comienza la invasion de la Cisalpina; por largo tiempo hizo resistencia este país belicoso, y es admirable el arrojo con que se defendian los pueblos galos. En un principio, luego que los romanos pasaron el Po, les batieron los insubres. Flaminio, refugiado entre los cenomanos, volvió á comenzar la guerra á pesar de su palabra; cuando despues combatia sin la autorizacion del Senado y á pesar de los auspicios, no tomó otras disposiciones sino las necesarias para que su ejército no fuese arrolla-

(1) Polibio, l. II, III; Tito Livio, l. XXI; Justino, l. XLIII.

do en el Ada. La experiencia de los tribunos militares, la excitacion del peligro y las largas lanzas de sus soldados le valieron por sí solas la salvacion y la victoria. Marcelo ganó tambien los terceros despojos ópimos sobre el jefe Virdumar, Feartha-mar (1), y la Galia Cisalpina fué la *cuarta provincia*; pero no aceptó el yugo. Conquistada la Istria, puso, en fin, en comunicacion directa á los romanos con la Iliria, de donde se arrojó á Demetrio de Pharos, bajo pretexto de una veleidad de independencia (219).

Entre tanto los Barca se aprovecharon tambien de la tregua; en ellos se ve el partido nacional en Cartago. Amílcar, vencedor de los númidas y de los moros, habia llevado los mercenarios á España, país de colonias fenicias que podia reclamar como herencia de Tiro (237). La guerra le parecia un medio político; del botin que hacia daba una tercera parte al tesoro público, otra á sus soldados, y otra á los ciudadanos que compraba.

Pero no se trataba solamente de someter á las ciudades que eran factorias y las poblaciones mixtas. La independencia ibérica era todavía fuerte y poderosa en el centro, y la dirigió terribles golpes; batió á los celtíberos, que se vengaron por una estratagema de movible incendio, atando teas encendidas á los cuernos de sus bueyes, y arrojándoles en direccion del ejército enemigo. Amílcar murió en el campo de batalla, dejando á su yerno Asdrúbal el honor de fundar á Cartago Nova (Cartagena), en la costa del Mediterráneo, y agregar á esta capital nuevas conquistas. En fin, el hijo de Amílcar, que á los nueve años le habia acompañado á la guerra, y habia «jurado odio eterno» á los romanos ante el altar de la patria, pudo, á pesar de la envidiosa oposicion de Hannon pasar á España y recobrar la espada de mando y los vastos proyectos de su padre (221) (2). Este jóven capitán preludiva su gloria militar con la toma de Sagunto. El tratado firmado en Roma en 227, le detenia en el Ebro; pero con

(1) Plutarco, *Vida de Marcelo*. Virdumar, Feartha-mar, «bravo y grande»; Amadeo Thierry.

(2) Plutarco, *Vida de Anibal*; Polibio, lib. III.



JURAMENTO DE ANNIBAL



su espada rasgó el tratado, dando lugar á la segunda guerra púnica.

El combate se renueva; la suerte de Cartago vuelve á ser disputada, y el grande Aníbal, verdadero héroe de la antigüedad, la sostiene con su genio. También tenía en sus manos los destinos del mundo. Este conquistador de veinticinco años no era solamente el hombre de Cartago; los mercenarios, soldados de todas las naciones, le habían proclamado jefe de la lucha, dispuestos á seguirle á todas partes. En cuanto á él, no pensaba más que en conducirlos á Italia para establecer allí, á vista de todos, el magnífico teatro de esta guerra, para encerrar á Roma en círculos progresivos de enemigos, limitarla al recinto de sus murallas, y entonces derribarla y arrasarla. Aníbal conocía que representaba la causa, no de un pueblo, sino de la humanidad.

Tenía necesidad desde luego de asegurar los mercenarios y de impedir las defecciones. Llamó á su lado á los númidas, envió los españoles al África, y alejó así á cada uno del poderoso atractivo de la patria. Después de la ruina de Sagunto, que espira con todos sus habitantes sobre una fúnebre hoguera, tiene lugar su manifiesto y su declaración de guerra. Roma había perdido los seis meses de este sitio. Su embajador Fabio decía también en Cartago que «llevaba en los pliegues de su toga la paz ó la guerra,» y huía de la guerra; hé aquí la altanería romana. Arrojando Aníbal ante él el eco de Sagunto incendiada, enviaba su desafío á las puertas de la ciudad eterna (218) (1).

De Cartago á Italia hay cuatrocientas leguas. Aníbal, apreciando el tiempo en todo su valor, deja á su hermano Asdrúbal en el país que está ántes del Ebro; á Hannon, su otro hermano, entre el Ebro y los Pirineos, y avanza rápidamente por la Galia con cincuenta mil infantes, nueve mil caballos y cuarenta elefantes; quería sorprender á los romanos (2). La Galia estaba incierta: guardaba antiguo rencor al Capitolio; pero los romanos no habían hasta

entonces franqueado los Alpes, y el ejército cartagines descendía de los Pirineos.

Los pueblos galos no comprendían el proyecto de Aníbal, que no encontraba dificultades para poder alistar voluntarios entre ellos; no tenía más que decirles que al otro lado de los montes había que librar muchas batallas y hacer mucho botín. Otros le rehusaron el paso y los batió. Los volscos le esperaban detras del Ródano; pero á favor de las nieblas de este río, hizo pasar sus tropas un poco más lejos. Puesto á retaguardia súbitamente, y atacados de frente, dejaron el paso libre. El cartagines no tenía que detenerse. Masalia, ciudad extranjera en la Galia, había avisado á Roma. Sempronio estaba en Melita, Malta, desde donde amenazaba al África; Escipion llegó á Marsella y mandó destacamentos hasta las orillas de la Durance, en donde tuvo lugar una escaramuza de caballería que no produjo ningún resultado. En fin, Aníbal había llegado á la barrera de los Alpes. Faltaba franquearlos y los franqueó en nueve días; por qué paraje, no se sabe, y sí únicamente que no les volvió la espalda (1), y les escaló á pesar de las rocas. La bajada fué sobre todo difícil; balsas de hielo absorbían hombres y caballos; fué necesario abrir la garganta de la montaña para hacer pasar los elefantes. Los montañeses, apostados entre las rocas, ignorantes de las cosas del mundo, defendían sus precipicios con una granizada de piedras y de flechas, cuando debieran de haber llevado en brazos á todo este ejército púnico. Aníbal enseñó á los suyos, desde lo alto de estos picos, el largo curso del río Pó y sus bellas campiñas (2). El cartagines está al fin en su terreno. No tenía más que 26.000 hombres cuando cayó en Cisalpina y degolló á los taurinos. Escipion había vuelto de Marsella, Sempronio de Malta, y así ya se descompuso su omnipotente ataque simultáneo, alejándose los romanos de España y de Cartago. Cerca del *Tici-*

(1) «Aníbal forzó el paso de los Alpes, nosotros, nosotros les hemos visitado:» Dijo Bonaparte al comenzar su campaña de Italia. Véase *Memorias de Santa Elena*. Se cree que el paso de Aníbal tuvo lugar por el valle Tarentaise, en el pequeño San Bernardo.

(2) Tito Livio, l. XXI, c. LXXV; Polibio, l. III.

(1) M. Michelet, M. Dumont, M. Poirson, M. Duruy etc.

(2) Plutarco, *Vida de Aníbal*.



nium, el Tesino, destrozó con su caballería número la caballería de Escipion; este cónsul fué herido, y hubiera perecido sin el valor de su hijo. Sempronio trató entónces de atacar á los vencedores con sus legiones éxtenuadas por la fatiga y el frío, y perdió 30.000 hombres á orillas del Trebia. De este modo eran rotos todos los planes del senado y Cn. Escipion únicamente sostenía en España contra Hannon el honor de la república, amenazada en Italia.

Por otra parte, el torrente invasor que había descendido de los nevados picos de los Alpes iba creciendo en su curso: los galos cisalpinos se sublevaban á la voz de Aníbal, y él, obligado á disfrazarse para escapar de la espada ó del puñal, arrojado por la tempestad fuera del paso de los Apeninos, montado en su último elefante, entraba al fin en Etruria por los inmensos pantanos del Arno. Durante cuatro días había dejado hombres, caballos, bagajes hundidos en el cieno; él mismo perdió allí un ojo, por la humedad de las noches. Exteniuado por la fiebre, marchaba sobre Roma y no tenía delante de él más que al imprudente Flaminio. Los cisalpinos pudieron decirle quién era este general. El senado romano apreciaba á este hombre en su justo valor, temblaba y no daba más que misteriosos y funestos presagios. Flaminio había huido de la ciudad sin ofrecer el sacrificio á Júpiter Latiaris, sobre el monte Albano; había tratado de ponerse á la cabeza del ejército; á la salida del campamento cayó su caballo, pero nada le detuvo. Marchó derecho á través del valle de Trasimeno, hasta una altura en que percibía á Aníbal, y no conoció el peligro sino cuando vió todas las colinas de su alrededor cubiertas de soldados. Cercado por todas partes, pereció como un hombre de corazón con 21.000 hombres.

Aníbal le tributó los últimos honores; y el pretor Sempronio anunció al pueblo sobre el Forum: «Hemos sido vencidos en un gran combate (217)» (1).

Trasimeno estaba á algunas jornadas de marcha del Capitolio (2). Roma se volvió á po-

(1) Tito Livio, l. XXII.

(2) Ciento cincuenta kilómetros.

ner entónces bajo el predictador Fabio, ilustre descendiente de una célebre familia, «hombre de aspecto dulce, pero que cuando salía de su estado habitual taciturno era muy elocuente» (1). En lugar de combatir, ganó tiempo á pesar de las burlas de sus soldados. Era una continua retirada por campamento, una perpétua huida en orden de batalla; y sin embargo, el cartagines, que se sentía consumido, asoló las tierras romanas, exceptuando las de Fabio, enviaba á los aliados sus cautivos y atravesaba toda la Italia. Si su lento adversario hubiese tenido un poco más de audacia, despues de una hábil maniobra hubiera vengado á Trasimeno, en el desfiladero de Casilinum. Aníbal, con la estratagema de sus bueyes, que llevaban en sus astas el incendio, se escapó y reparó la falta de su guía. En seguida castigó rudamente al general Minucio, á quien las murmuraciones del campamento y un motin en Roma habían colocado al nivel del dictador, y fué á ponerse á las órdenes de Fabio. Semejantes reveses y la campaña modesta del *temporizador* resaltan más por las victorias navales de Cn. Escipion en las costas de España, y de Servilio delante de Pisa. España hasta el Ebro se rindió; una perfidia puso en libertad á los rehenes que los iberos habían dado á los cartagineses. Todo esto prueba que Roma no había degenerado ni en su valor ni en sus generales, sino que no tenía nada comparable á la habilidad política y militar de Aníbal.

El pueblo creía que los patricios estaban de acuerdo con el enemigo. Quiso por cónsul un hombre verdaderamente nuevo, «porque los plebeyos nobles, decía, le despreciaban desde que no eran ya despreciados por los padres.» Terencio Varron, que había sostenido al desgraciado Minucio, recibió los fasces de acuerdo con un patricio prudente, otro Fabio, pero más débil, Paulo Emilio. Éste no fué más que un lugarteniente á las órdenes del cónsul plebeyo, que queriendo ver al enemigo y vencerle, se dirigió á Canas sobre el Aufide, el 2 de Agosto del 236. Dejó á Aníbal las ventajas del

(1) Plutarco, *Vida de Fabio*.



suelo, del terreno, de la posición. Aníbal se aprovechó de todo admirablemente; se reía de la locura romana; en medio de la refriega, el débil ángulo que formaba su centro retrocedió, y sus fuertes alas cercaron á Varron. Fué una carnicería; el cónsul Paulo Emilio, veintiun tribunos legionarios, consulares y ochenta senadores, caballeros en bastante número para que se llenasen casi tres fanegas con sus anillos de oro y cincuenta mil soldados (1) cubrieron el campo de batalla. Semejante derrota no se había visto desde la del Allia.

Sin el jóven Escipion, que en Canusio impedía á los refugiados, con la espada sobre sus cabezas, ponerse á salvo en Sicilia; sin Fabio, que en Roma moderaba el duelo y le reducía á treinta días, detenía á la multitud dispuesta á dispersarse, y cumplimentaba en nombre del Senado á Varron «por no haber desesperado de la patria, ésta y la república hubieran desaparecido. Decíase que los mercenarios cartagineses se alimentaban de carne humana. Enterábanse vivos á dos galos, dos griegos, dos Vestales culpables (2). Sin embargo, pasada la primera desgarradora impresión, Roma se colocó en estado de adoptar una enérgica resolución. Aunque diga de él Maharbal, que quería «comer cinco días en el Capitolio,» Aníbal, aún en el primer momento, no podía sacar todo el partido posible de la victoria. Cuatro legiones en la ciudad, además de los diez y ocho mil hombres de Varron, á quien se ofreció, y noblemente rehusó, la dictadura, los *volones*, esclavos voluntariamente alistados, y los seis mil criminales armados con los trofeos de los templos, la ponían al abrigo de un golpe de mano. La guarnición de Ostia estaba á la puerta; las tropas de Sicilia, de Cerdeña, de Cisalpina, de España, se replegaban en auxilio del Capitolio; y el cartagines, dueño casi de la ciudad desierta, detenido bajo esta inaccesible roca, hubiera sido aplastado á los piés del santuario de la victoria (3). La ruina de Aníbal dependía, no de Aníbal sino de Cartago. Aníbal

(1) Polibio, lib. III, dice setenta mil.

(2) Plutarco, *Vida de Fabio*; Tito Livio, l. XXIII.

(3) Plutarco, *Vidas de Fabio y de Marcelo*; Tito Livio, lib. XXII, al fin; Polibio, lib. III.

entró en Capua, cuyas delicias no le enervaron (1); él y sus soldados dieron despues pruebas de ello, arruinando la dominación romana, atacando sucesivamente á Nola, Acerres, Casilinum, siempre con el mismo valor. Marcelo se sostuvo sólo contra el vencedor del Tesino, de Trebia, de Trasimeno, de Canas. Los pueblos de Italia, lucanios, brucios, samnitas, acudían al cartagines; unían éstos nuevos auxiliares á sus galos, á sus iberos, á sus nómadas, y todos contribuyeron á sus victorias. Los boyos, destrozando en la selva Litana las legiones de Postumio, hicieron una copa del cráneo de este general; en fin, Filipo de Macedonia, que preveía la ambición romana, hizo alianza con el héroe púnico (2).

Solamente Cartago se retiró de la lucha; respondió casi como el envidioso Hannon al diputado que llevaba la nueva de la victoria de Canas y pedía auxilios: «Si Aníbal es vencedor no tiene necesidad de ellos; si es vencido, no es digno de ellos.» Era un razonamiento doblemente falso; vencedor ó vencido, era necesario reforzar á Aníbal en Italia. Pero la guerra del momento no era el único temor del senado púnico. Cartago no ambicionaba las glorias de sus generales, y veía el momento en que Aníbal, dueño de Roma (3), querría someter también su patria.

Por esto Aníbal recibió muy pocos soldados, y se quitaron tropas á sus lugartenientes. Asdrúbal en España se vió reducido á 13.000 hombres que se enviaron á Cerdeña, y no pudieron mantenerse allí; él mismo no podía abrirse paso hacia Italia, y en tres batallas perdía su provincia contra los Escipiones (215). En el año siguiente Roma puso en pié de guerra 18 legiones, y se armaron de su *escudo* y de su

(1) Esta antigua acusación está completamente desmentida por los hechos; véase á Poirson, Dumont. Se ha dado demasiada importancia á una frase de retórico.

(2) Es notable que en este tratado no se haga mención más que de la Macedonia por una parte, y de la otra no de Cartago, sino de Aníbal, del ejército de Aníbal y de los aliados del general cartagines. (Polibio, l. III.)

(3) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, l. X, c. VI. Lo que supone es muy probable.